
SERMON VIGÉSIMO SÉPTIMO.

De la impotencia de las otras doctrinas para producir la religion.

MONSEÑOR :

Señores :

LA religion , segun hemos dicho , es el comercio positivo y eficaz del hombre con Dios , y es á un tiempo mismo una pasion y una virtud de la humanidad : una pasion , en quanto que la humanidad es impelida hácia Dios por una atraccion constante y universal ; una virtud , en quanto que , á pesar de esta atraccion , cuesta á la humanidad grandes esfuerzos entrar en este comercio positivo y eficaz con Dios. Añado hoy que solo la doctrina católica produce este comercio positivo y eficaz con Dios , que llamanos religion ; todas las otras doctrinas llegan necesariamente á una de estas dos catástrofes : á la catástrofe de la supersticion , ó á la catástrofe de la incredulidad. La supersticion es un comercio del hombre con Dios , inficionado de ineficacia , de inmoralidad y de falta de razon ; la incredulidad es un rompimiento desesperado de todo comercio del hombre con Dios. Cuando el hombre quiere fundar una religion sin el auxilio de la razon , cae inmediatamente en la supersticion ; y si quiere formar una religion con la

razon, cae inevitablemente en el abismo de la incredulidad. De suerte que Dios, fundador de la única y verdadera religion, se ha colocado, y ha colocado al hombre respecto de sus relaciones con él, entre Scila y Caribdis, entre un Caribdis divino y un Scila divino, y cualquiera que no navegue en la nave de que es Dios capitán y piloto, dará con triste naufragio en uno de estos escollos. Este es, Señores, mi tema de hoy.

Cuando miramos los diversos cultos diseminados por el mundo, vemos muchos que no nos parecen ligados á la doctrina católica por ninguna relacion, aunque en realidad hayan salido de ese tronco comun en una época mas ó menos remota; porque el error no es mas que una hoja que cae del árbol de la verdad, y que es arrebatada por el viento; y el hombre es de tal modo incapaz de comunicar por si mismo con Dios, que sus inspiraciones religiosas mas personales se refieren siempre á un fondo primitivo, aunque no discierna bien nuestra vista en el sombrío dia de la historia la hora en que se separó la rama del tronco, ni la causa de esta separacion. Cuando pues, mirando el conjunto de los cultos religiosos ponemos aparte, para observarlos, los que no tienen ningun lazo de parentesco visible y notable con la doctrina católica, nos sorprende una cosa, y es que exteriormente nada parece diferenciarlos de nosotros. Veo templos que ensayan llevar á Dios una magnífica invitacion del hombre para que descienda hasta él; altares adornados de imágenes y teñidos con la sangre del holocausto, sacerdotes, ceremonias, abluciones, procesiones, mil formas que tienen una apariencia de familia, y que parecen confundir todos estos cultos entre si y con el nuestro en una majestad comun.

Pero cuando se abre el santuario y se mira á su

interior, de la misma manera que se abre un fruto para asegurarse de si su sabor corresponde á su belleza; cuando, digo, se abre el interior de los cultos enteramente extraños á la doctrina católica, ¿qué es lo que se encuentra en él? Primeramente nada. No se encuentra nada; porque llamo nada comunicar con Dios para permanecer siendo lo mismo que antes, levantar templos é inmolar víctimas, crear sacerdotes, fundar en el seno de las naciones un inmenso aparato, ¿y para qué? para permanecer siendo hombres, y no tener en la inteligencia y en el corazón nada sobrehumano, nada que anuncie otra cosa que la humanidad mas vulgar. ¡Ah, Señores! un simple comercio con un alma elevada modifica la nuestra y nos eleva; no podemos acercarnos á corazones grandes sin que se exhale de ellos algo que penetra hasta nosotros y nos hace mas dignos de su contacto; ¡y quisiera que fuese ineficaz el comercio con Dios, si fuera real! ¿Para qué pues comunicar con él? ¿Qué es un objeto tan sublime para un resultado tan nulo? Si no es el hombre con Dios mas que un hombre, ¿qué necesidad tiene de buscar á Dios? El efecto corresponde á la causa; y allí donde encuentro la nada por efecto, no puedo deducir la presencia y la concurrencia de la Divinidad, porque Dios y la nada son perfecta negacion uno de otro. La grandeza de la pompa religiosa no sirve mas que para hacer mas sensible el vacío interior, y el hombre se hace traicion tanto mas, cuanto que oculta su miseria con el nombre y los atributos de Dios.

Como quiera que sea, Señores, respecto de los cultos de que os hablo, no necesito demostrar que su ineficacia divina sea un hecho verídico y palpable. Basta recordar sus nombres á vuestra memoria. ¿Qué resta, fuera de la doctrina católica, de los afluentes y de los ramales que se deslizan de este

gran río? el bramismo, el politeísmo, el islamismo, nombres célebres en verdad, pero que no designan á vuestra conciencia ninguna acción que haya elevado al género humano á mayor altura que su propia naturaleza. Y aun esta falta de eficacia no es su primera desgracia.

Por una ley, cuya razón es difícil comprender, todo culto que no eleva al hombre le degrada; el comercio con Dios es un instrumento demasiado poderoso para que se detenga en un resultado negativo. Si Dios no atrae al hombre hasta su santidad, el hombre hará descender á Dios hasta participar y sancionar las más viles inclinaciones del hombre. De aquí ese espantoso escándalo de cultos empleados en la depravación del hombre, escándalo sobre el cual no nos podemos hacer ilusiones, porque el orden moral no es como el orden intelectual. Este se refiere al infinito, sobre el que es siempre más ó menos admisible la discusión; el otro no abraza directamente más que nuestras relaciones con nosotros mismos y con nuestros semejantes, relaciones simples, sobre las que nos ilustra el interés á falta de sentimiento. Pues bien, examinando el bramismo, el politeísmo y el islamismo á esta luz del orden moral, ¿qué es lo que vemos? No solamente vemos al hombre que permanece en su debilidad nativa, sino al hombre solicitado á la corrupción por el culto mismo destinado á unir su vida con la de Dios, al hombre hallando en Dios un auxilio infame para caer más bajo que su espíritu y su carne, ó al menos para consagrar todas las locuras de su entendimiento y todos los delirios de sus sentidos. El mismo islamismo, posterior á Jesucristo, ha precipitado las costumbres de las naciones musulmanas, bajo ciertos respectos, más hondamente que las costumbres de la antigüedad. Tan imposible es á un culto falso, cualquiera que sea el tiempo en que se

forme, no sufrir esta ley de la inmoralidad, por la que señala Dios á todos aquellos que abusan con los pueblos de la fuerza de su nombre.

La sinrazón es el tercer carácter de la superstición. Y aquí, Señores, tal vez os veais tentados á repetir contra mí lo que decía ahora: que en el orden intelectual es siempre más ó menos posible la discusión, de donde se seguiría que la sinrazón es un signo muy controvertible de la superstición. No retracto mi pensamiento, Señores; porque aunque por do quiera que se halle presente y empeñado lo infinito, hay campo abierto á la discusión, no obstante hay ciertos límites en que la sinrazón se reconoce á la primera mirada. El espíritu que se pierde en los sutiles pliegues de la metafísica, no vacilará ante el absurdo en el completo estado de desnudez. Pues bien, esta sinrazón palpable y que desafía á la inteligencia es el tercer carácter de la superstición, y que salta á los ojos en el bramismo, en el politeísmo y en el islamismo. No obstante, Señores, no quiero recorrer uno á uno los libros y los dogmas de esos diversos cultos para demostrar su evidente irracionalidad; esta marcha sería muy larga, y, como ya lo he dicho, en el debate entre el error y la verdad religiosa Dios todo lo ha abreviado. Abandono, pues, la cuestión de la sinrazón positiva, y consiento en respetar el absurdo, en cuanto que es necesario á muchas gentes: hay otra desgracia tal vez mayor que el absurdo, una señal más triste que la sinrazón positiva, y es la sinrazón negativa, es decir, la impotencia absoluta de una doctrina para crearse fundamentos capaces de sostener una discusión. Pues bien, esta falta de fundamento, este estado de cosas, bajo el cual se coloca la mano no hallando nada que le lleve, es el carácter propio y manifiesto de todos los cultos que no tienen ninguna especie de conexión con la doctrina

católica. Yo os propongo, Señores, un curioso y saludable ejercicio del pensamiento, y es hacer un esfuerzo concienzudo reflexionando en el bramismo, en el politeísmo y el islamismo para darles una base cualquiera; y es bien seguro que no lo conseguiréis.

Cuando se encontró el cristianismo frente á frente con el politeísmo, doctrina contra doctrina, pueblo contra pueblo, en este drama tan serio, tan terrible y sangriento, siempre que se trataba de discutir, el cristianismo no podía hacer mas que reirse. Nuestros apóstoles y nuestros apologistas pasaban riéndose al lado de este establecimiento tan prodigioso por su fuerza material, que habia entrado en la sangre de las naciones, y que llegó á ser parte integrante de sus leyes, de sus costumbres, de sus artes, de su gloria y de todos sus recuerdos. A pesar de esta formidable existencia, era imposible la discusion, y la sinrazon no se elevaba jamás á mayor altura que la piedad. Se vió claramente esta privacion absoluta de la sustancia lógica cuando el emperador Juliano, hombre de talento, si los hubo jamás, quiso resucitar á toda costa el politeísmo, á la sazón espirante. En verdad que la obra era grande, y el hombre poderoso: se iba á ver en fin á la doctrina pagana sostenerse y reanimarse por el genio; y no obstante ¿qué hizo Juliano? Por su parte personal se presentaba frecuentemente en los templos; ofrecia sacrificios; manejaba incensarios; ponía en procesion sacerdotes á quienes habia dotado ricamente; repellaba los altares, redoraba las estatuas; y algunas veces, llegando con toda la pompa de su corte á una ciudad célebre por el culto de los dioses, esperando un sacrificio digno de su pensamiento y de la religion, cuyos últimos recursos llevaba consigo, hallaba, como él mismo se ha quejado en una de sus cartas, un sacrificador que llevaba modestamente á los altares abandonados un ganso.

Este pobre y espiritual varon, á excepcion de una persecucion disfrazada y una invitacion estéril para imitar las virtudes de los cristianos, no pensaba mas que en ceremonias contra una doctrina propagada por legiones de apóstoles, de escritores y de mártires. El oficio de sus amigos los retóricos y los filósofos era mas triste aun que el suyo, porque no tenían ni aun la audacia de su fe. Ellos no decían: ¡Si, creemos en Júpiter; si, creemos en Marte, en Mercurio, en Apolo; que permanezcan estas divinidades de nuestros abuelos eternamente en el suelo del mundo por su sola fuerza; nosotros las reconocemos; nosotros las veneramos, y nos inclinamos ante la fe de las naciones que las han adorado desde un principio! Ellos no decían esto: no se atrevían á ir franca y valientemente en busca del absurdo, y apoyarlo al menos con la magnanimidad de su adhesion. No osaban hacer lo que hacemos hoy dia nosotros los cristianos, que somos acusados tambien de absurdo; nosotros no renegamos del Dios santísimo que bajó del cielo para nosotros, y que cayó mas bajo que Júpiter, Apolo y Mercurio, porque cayó en la cruz. Nosotros le reconocemos así, le veneramos así, le amamos así; nos cargamos voluntariamente por él con todo el desprecio del universo, y le defendemos contra sus enemigos desde hace mil ochocientos años con la constancia de nuestra inexorable adoracion.

Hé aquí la fuerza, hé aquí cómo se sostiene ó se realiza un culto, y no, como hacian con el politeísmo los filósofos alejandrinos, por medio de una filosofía que desconocia la existencia y la naturaleza. Me diréis tal vez que yo mismo llamo la filosofía en auxilio de la religion; pero es una filosofía que acepta toda la verdad del dogma, que lo afirma, que no repudia ni elude nada de él. Y ni aun es una filosofía. No fundo yo la religion en un sistema encerrado en la cabeza

de un hombre, y que pasará mas pronto que él; la fundo en el sentido comun y en las realidades palpables de este mundo. Estas son todas mis armas, agregando á ellas el grito de la fe. Delante de vosotros que no creéis, mortales que nacisteis ayer y que estais prometidos á la muerte para mañana, hojas llevadas á todas las playas de los mares, inciertos de vosotros mismos y de todo, yo me coloco delante de vosotros con una altivez que no necesita ni aun de valor. Yo sé de dónde vengo y adónde voy. Tengo mi fe contra vuestras dudas, y yo tomo lo que os parece indigno, absurdo, ajado, muerto; yo tomo esa ceniza, y lo que es menos, si es posible, que esa ceniza, y lo pongo en el altar y os mando que vengais á él, y nadie de vosotros es bastante fuerte para estar cierto en su interior de que no se acercará.

Por última vez, así es como se defiende y se establece un culto cuando siente la verdad detrás de sí. Pero que llame Alejandria á sus retóricos para transformar á Jupiter en no sé qué potestad abstracta, y á Apolo en otra personificación de la metafísica ó de la naturaleza, y los sabios podrán reconocer la invención en esos juegos de una fe que se avergüenza de sí misma; pero la humanidad, tranquila, encantados sus oídos por un momento con este ruido ingenioso, se acostará por la noche, y despertándose al día siguiente, preguntará ¿qué se han hecho los artistas del día anterior?

El islamismo se diferencia sin duda del politeísmo en una sustancia menos vacía; se resiente del cristianismo que rodeaba su cuna. Pero tambien buscaréis vanamente en Mahoma un fundamento cuya responsabilidad acepte la razon mas humilde ó la mas osada. Este hombre está enteramente solo, antes y despues: nada de él se mezcla á los nervios y á los músculos de la humanidad; quitadle del medio, es un capitulo

menos en la historia del mundo, y un capitulo que no destruye el hilo de la narracion. Mahoma es una anécdota. De aquí proviene, Señores, el horror del mundo civilizado á los renegados. ¿Habeis reflexionado alguna vez lo que es un renegado? ¿Creeis tal vez que es un hombre que cambia de religion? ¡Ah! Señores, pero nosotros no hacemos otra cosa que llamar á los hombres de otras religiones á que abracen la nuestra. Nuestros misioneros recorren todo el mundo con este solo objeto, y seguramente nadie los acusa del vergonzoso oficio de hacer renegados. ¿Qué es pues el renegado? ¿y cuál es la causa del inexplicable desprecio que va unido á este nombre? El renegado, Señores, es el hombre que pasa de un culto que tiene fundamentos en la inteligencia, el corazon y la historia de la humanidad, á un culto vacío, evidentemente incapaz de obrar persuasion alguna. Renegado es el hombre que abandona el terreno en que es posible la discusion entre seres racionales, para perderse en una region donde hasta la palabra falta al error; es el hombre que pasa de una claridad incierta, si se quiere, á tinieblas mas que ciertas; es en el órden de la verdad, el desertor, el tráfuga, el traidor, el hombre que huella á sus piés á su patria. Jesucristo es la única patria del hombre bautizado en la luz; se perdona á quien duda de él, no se perdonará al que le deja por otro; porque ¿cómo ha de haber fe en Brahma ó Mahoma, cuando no se tiene en Jesucristo?

La miseria racional de los cultos extraños á la doctrina católica se revela enteramente por la impotencia en que están estos de resistir á la accion proselitica de los pueblos cristianos. Yo veo bien que Mahoma protege su obra declarando reo de muerte á quien convierta á un musulman: Roma y Grecia emplearon las mismas armas; la China y los países